

Sobre la disconformidad social

ANTÓN, Gustavo

Becario Doctoral CONICET, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

antongustavo@gmail.com

DAMIANO, Franco

Becario Doctoral CONICET, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina.

lic_francodamiano@yahoo.com.ar

LOPEZ MAC LOUGHLIN, Moira

Estudiante de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

moilopezmac@hotmail.com

Resumen

Las investigaciones recientes sobre el conflicto y el cambio social han colocado su mirada sobre procesos conflictivos de carácter colectivo, dedicando gran atención a la caracterización social de los actores en juego y principalmente a su articulación e inserción en el ámbito de lo social.

En este artículo nos proponemos centrar la observación sobre la disconformidad y el malestar que el orden social genera, tanto individual como colectivamente. Es en este sentido que nos preguntamos: ¿cómo se expresa la disconformidad social en la Argentina actual?

Nuestro trabajo de registro sistemático de la prensa escrita nos advierte de la existencia de múltiples y variadas formas que asume la disconformidad social y el malestar. Aquí nos centraremos en el análisis de las precondiciones para la expresión efectiva de esa disconformidad y en la acción directa como una de sus formas específicas.

Por otro lado, intentamos también sugerir un marco analítico conceptual para inscribir dichas manifestaciones de disconformidad y malestar producidas socialmente por el carácter contradictorio y conflictivo del orden social en una explicación hipotética-causal del fenómeno. Finalmente, proponemos una serie de hipótesis para su estudio e investigación.

Introducción

El presente trabajo busca responder las siguientes preguntas: ¿qué es la disconformidad social?; ¿qué relaciones tiene con la tensión, el malestar y las luchas sociales?; ¿de qué manera podemos observar y registrar sistemáticamente la disconformidad social?; ¿qué relación se establece entre conformidad y disconformidad?; ¿qué relación existe entre disconformidad y desobediencia?; y ¿entre desobediencia y acción directa?

El comienzo de la elaboración de un registro sistemático de la realidad social argentina nos permite comenzar a esbozar algunas hipótesis acerca del modo en que se da su desenvolvimiento. A través de la lectura de la prensa escrita, nos hemos encontrado con el hecho de la diversidad y heterogeneidad de las luchas y las formas que asume. Constantemente estaremos haciendo referencia a procesos que observamos y registramos durante estos últimos años.

La Argentina actual

Según nuestro parecer, la sociedad Argentina atraviesa un período histórico original, pues creemos que se encuentra inmersa en un profundo proceso de cambio político y social. Atraviesa un período de transición. Sus estructuras sociales y políticas están transformándose y no nos es posible anticipar la resultante de estas transformaciones. Es por estos motivos que la realidad social argentina es para nosotros un problema, una complejidad que buscamos hacer inteligible.

Hacia 1998 la economía argentina entró en una fase regresiva que duró hasta la reactivación ocurrida hacia mediados de 2002. Fueron casi cinco años consecutivos de caída de la economía y de reformulación de la estructura productiva. Pero hacia 2002, con la reactivación económica, parece abrirse una nueva etapa. Más allá de las continuidades y rupturas con el modelo propio de la década anterior pasada, el capitalismo sigue su proceso de acumulación y expansión.

La crisis de 2001 fue por todos señalada como un momento de quiebre con el pasado inmediato representado en lo político por lo que significó el “menemismo”. Se habló de crisis en todos los órdenes: el social, político, económico y moral. Con Marín (2003) compartimos la tesis de que en ese año se desató en Argentina un proceso de autonomización de sus fuerzas sociales y políticas. Se desencadenaron procesos sociales sumamente originales entre los que podemos contar los masivos “club del trueque”, las “recuperaciones” de empresas, el

desarrollo de asambleas populares barriales. En el plano político partidario, la desarticulación de la Unión Cívica Radical y la casi desaparición del FrePaSo, las fuertes contradicciones internas dentro del Partido Justicialista. Durante la década menemista, no dejaron de desarrollarse los movimientos piqueteros y territoriales que fueron tomando relevancia política a medida que se agravaba la crisis social y productiva. Una forma de protesta como el piquete se generalizó durante esos años adquiriendo crecientemente mayores grados de legitimidad social (hasta el punto de ser utilizado por otros actores sociales, entre ellos los estudiantes, las corporaciones agrarias, etc.). Argentina atravesó así un período de grandes luchas sociales y políticas. El proceso de autonomización se dio así en todos los niveles, y no es posible considerar que esto fuera una circunstancia exclusiva del ámbito de los trabajadores.

Aquí, nos interesa resaltar la hipótesis de que todas las instituciones sociales perdieron poder en su capacidad de influenciar a sus miembros, ellos se liberan en el plano de la acción de la determinación que establecían sus conducciones dominantes.

Algunas instituciones pueden perder toda influencia y tender a desaparecer; otras se mantienen firmes y en la crisis tienden a afianzar sus lazos integradores. La tendencia histórica, si se observa en una perspectiva de largo plazo, es a la institucionalización del cambio (Germani), a la institucionalización de pautas de conducta antes no institucionalizadas. Con el avance de la modernidad, el sistema político institucional tiende a incluir dentro de su lógica a acciones sociales que en el pasado se encontraban por fuera.

Ahora bien, esa es la tendencia histórica, pero la coyuntura nos muestra que desde aproximadamente 2001 en adelante formas de acción directa se han generalizado a amplios sectores de la población. En esta perspectiva, ¿qué significa esa acción directa?, ¿qué condiciones la genera?, ¿cómo se promueve?

Breve referencia a los procesos de normalización y socialización

Pero para estudiar la disconformidad social es preciso descender la mirada y pasar de la observación de las grandes estructuras a los procesos, mecanismos y acciones estructurantes.

Si atendemos a los procesos generales que tienen lugar dentro de una sociedad, podremos ver que el sistema social presiona sobre las personas para que actúen de determinado modo y no de otro. Así es como se constituyen, mediante variados mecanismos sociales, comportamientos uniformes y por ello también previsibles, esperables, normalizados.

Podemos afirmar entonces la existencia de procesos de normalización intrínsecos a todo ordenamiento social.

Normalización y socialización son procesos conjuntos. Desde pequeños, todos somos sometidos a la presión que ejerce sobre nuestro sistema de la personalidad el mundo de los adultos. El proceso de incorporación de reglas, normas y valores caracteriza a lo que ha dado en llamarse *proceso de socialización*. Ahora bien, este proceso a la vez que socializa, a la vez que nos introduce en el mundo de los adultos de algún modo también nos normaliza. Así es como se comienza a actuar, pensar y sentir conforme a los modos que el grupo acepta.

Desde muy niños aprendemos también que el ostracismo de la disconformidad puede ser severo, llevando en ocasiones a la expulsión del grupo. El sistema social construye conformidad como un modo internalizado de control social estableciendo mecanismos de premios y castigos.

Veamos rápidamente cómo se ha llegado a estas circunstancias, citemos a Marx:

“Lutero venció, efectivamente, a la *servidumbre por la devoción*, porque la sustituyó por la *servidumbre en la convicción*. Acabó con la *fe en la autoridad*, porque restauró la *autoridad de la fe*. Convirtió a los curas en seglares, porque convirtió a los seglares en curas. Liberó al hombre de la *religiosidad externa*, porque erigió la *religiosidad en el hombre interior*. **Emancipó de las cadenas al cuerpo, porque cargó de cadenas el corazón**”. París, 1844.

El proceso de la civilización es el conjunto de procesos sociales por los cuales se va constituyendo en los sujetos una nueva moral, nuevas pautas de conducta, una nueva lógica de la acción. Largamente se instala un aparato de control, operadores que hacen a nuestro autocontrol individual y automático, nuestra obediencia a ciertas pautas, mandatos, prescripciones. Estos operadores se intercalan entre nuestros impulsos afectivos y los músculos, el cuerpo muscular, el aparato motor. Desde muy pequeños esto se va instalando individual y colectivamente.

Actuar conforme a lo pautado estructura el sistema de relaciones sociales. Uno de los modos de observar la fuerza y extensión de una determinada estructuración de las relaciones es a través de lo que la psicología social denomina expectativas sociales. Estas expectativas, o sea aquellos comportamientos esperados ante determinadas acciones, resultan elementos indispensables para comprender los fenómenos de conformidad y disconformidad. Cuanto

más “natural” resulte que ante la acción A suceda la B, mayor será la fuerza de esa reciprocidad. Si además se comprueba que en cualquier lugar ante la acción A sucede la B, mayor será la extensión de esa relación. Quien escribe supone que en situaciones donde las acciones recíprocas no son seguras, ni cotidianas, ni se encuentran “bendecidas” por la tradición, ni explicadas por el “sentido común”; las expectativas son menores y, por lo tanto, los márgenes de acción se amplían aumentando la posibilidad para la aparición de acciones directas.

En verdad, al referirnos a la conformidad y a la disconformidad estamos siempre intentando captar la extensión y la fuerza que poseen determinadas relaciones sociales. Pero no en sí mismas sino con respecto a otras relaciones sociales. El caso de Milgram es bien ilustrativo dado que él estudia relaciones de autoridad y relaciones de ejercicio de castigo, ambas puestas simultáneamente a dirimir la conducta de un individuo. El carácter experimental de la investigación le permitió a Milgram controlar otras variables (otras relaciones sociales) de modo tal que su combinación inclinara la conducta del sujeto hacia la obediencia o hacia la desobediencia.

Así por ejemplo, la influencia del grupo genera condiciones más favorables para que el individuo actúe en una dirección congruente con sus valores y normas personales:

“...la rebelión contra una autoridad malévol, es llevada a cabo de manera más efectiva por una acción colectiva que por una acción individual” (1973: 113) “En la mutua ayuda que los hombres se prestan, halla el hombre el valuarte más fuerte que pueda tener contra los excesos de la autoridad” (1973: 117)

No obstante, más allá de manipulación de variables tendientes a liberar al individuo de la autoridad, el resultado más importante que arrojó la investigación es:

“esa extrema docilidad de los adultos en punto a seguir, hasta las últimas consecuencias, las órdenes de una autoridad” (1973: 18).

Si recordamos a Elías (1989) podemos ver que a lo largo del proceso de civilización se ha constituido a nivel de las estructuras psicológicas o mentales cierto “desarme”. El proceso de la civilización es así, un proceso de doble filo. Podemos remarcar con él que lo central consiste en la introyección de ciertas pautas de conducta que tienden al progresivo autodisciplinamiento. El proceso civilizatorio es un proceso de pacificación de la sociedad y

del establecimiento de ciertas seguridades y previsibilidades. Tan pronto estas seguridades comienzan a estar nuevamente en entredicho se desatan pequeños destellos de acción directa.

Las formas de lucha constituyen los modos más o menos tradicionales en que determinadas relaciones sociales se confrontan. Las luchas pueden empezar a verse como la articulación y equilibración de ámbitos diversos de la conducta. La autoacción como la conformidad con las reglas, normas y valores dominantes no son más que el resultado de un largo proceso de interiorización de las convicciones de los vencedores.

La conformidad en su definición más amplia remite a la adhesión a las expectativas sociales. Si incorporamos a esta definición la variable tiempo, es posible observar que existen dos tipos de conformidad: la primera, llamada *de congruencia* refiere a una influencia del pasado y se expresa en un tipo de uniformidad de conducta convencionalmente esperada; la segunda, se denomina *de movimiento* y está asociada a una influencia actual en la que una tendencia preferida por el sujeto es modificada en su conducta para adaptarse a una norma socialmente prescripta (Hollander, 2000)

En cambio, si se estudia la conformidad desde la dimensión dependencia-independencia es posible identificar tres tipos de conducta: la conforme, la anticonforme, y la independiente. La primera refiere a una conducta que se ajusta a las expectativas sociales. La segunda, es una conducta que reacciona negativamente frente a lo esperado, realizando acciones enteramente opuestas. Si bien expresa una cierta disconformidad posee, al igual que la primera, una dependencia respecto de las acciones de otros. Por último, se encuentra la conducta independiente cuya lógica reside en que “percibe expectativas sociales relevantes pero no depende de ellas como guía de su conducta” (Hollander, 2000: 432).

Henry David Thoreau como la personificación de la actitud del hombre independiente: “Considero que primero deberíamos ser hombres, antes que ser súbditos. Lo deseable no es cultivar el respeto a la ley, sino a la justicia. La única obligación que tengo derecho de asumir es la de hacer siempre lo que considero correcto” (2005: 32-33)

La conformidad que nos interesa aquí es la *de movimiento*, que se verifica tan pronto un actor social cambia su comportamiento como resultado de la presión real o imaginada ejercida por un grupo o individuo. Así, los individuos comienzan a actuar conforme a las pautas establecidas por el grupo al cual pertenecen.

Las crisis: importancia y significados

Como afirmamos anteriormente, la crisis puede considerarse como “crisis de oportunidades”. Ante el cambio repentino de ciertas partes del sistema total de relaciones sociales, aquello que era regular y uniforme se transforma. Si nos encontramos en la situación de transformaciones producto de la improvisación y la espontaneidad, la direccionalidad de dichas transformaciones no puede anticiparse. En este problema podemos comenzar a juzgar la importancia del conocimiento de los procesos con el que se manejan los protagonistas del cambio. Los sujetos inmersos en procesos de cambio del sistema de relaciones sociales pueden o no conocer (con menor o mayor rigor) qué es lo que se está transformando y qué formas originales de acción reemplazan a las anteriores. El conocimiento es así, un insumo de los sujetos para orientarse en la acción.

Los cambios, los procesos de cambio, pueden ser un símbolo para los sujetos o bien pueden tener un significado. Cuando la crisis significa algo para los sujetos que la protagonizan se abre una posibilidad de cambio direccionado pues los sujetos, al menos en un grado ínfimo, concuerdan en la evaluación de la crisis y pueden llegar a establecer con cierto conocimiento las formas de su resolución.

Las distintas identidades históricas se encuentran en los procesos de cambio con su cultura de lucha y su propia historia. El conocimiento que han construido históricamente (y a través de las generaciones) puede ser utilizado para juzgar y evaluar la situación presente. En la crisis, las distintas identidades sociales se comportan de acuerdo a lo que histórica y socialmente expresan y son.

Las crisis constituyen una oportunidad para todas las identidades y no se reducen a una fracción del conjunto de las identidades sociales. Las clases dominantes pueden reacomodarse rápidamente pero, y en ese mismo proceso, las clases populares tienen también la oportunidad de adquirir experiencia y capacidad política.

Si observamos el caso de Argentina, veremos que ésta fue protagonista de una transición veloz: aquello que se consideraba imposible hacia comienzos de 2002 hoy es una realidad innegable. La recomposición del capitalismo local se ha realizado con una celeridad destacable. Sin embargo, un sin número de experiencias políticas - obreras y barriales - tienen al proceso del 2001 como su momento de nacimiento.

En este marco histórico es que nos preguntamos acerca de los modos en que se manifiesta la disconformidad social en Argentina.

Sobre la disconformidad social en la Argentina actual

No encontramos otro modo de plantear el problema del malestar, la disconformidad social y las pautas de conducta propias de los procesos de transición (acción directa y en última instancia de las luchas y el conflicto) que tratando de hacer observable lo que ha dado en llamarse el y las estructuras sociales. Nos referimos así a un problema largamente tratado por la psicología social que comienza sus investigaciones experimentales hacia las décadas de los años 50 y 60. El problema pertenece, si se quiere, a una generación anterior de investigadores en ciencias sociales que abordaron el tema ampliamente.

¿Es nuestro propósito hacerlo aquí? De ningún modo: sería soberbio de nuestra parte creer que podemos con tamaña dificultad. Nuestro interés aquí es mucho más limitado: queremos simplemente re-instalar el problema para observar el presente.

La pregunta central que nos guía puede establecerse del siguiente modo: ¿cómo se expresa en la actualidad argentina la lucha de clases o qué manifiestan los conflictos por nosotros observados?

El modo de encarar estas preguntas anticipa nuestra percepción inicial del momento histórico-político que atravesamos.

En nuestra perspectiva, el problema de la disconformidad social es que el hombre no termina de adaptarse al capitalismo - y creemos que nunca no lo hará - en la medida que las relaciones sociales propias del capitalismo les son intrínsecamente ajenas. El hombre resiste a tratarse a sí mismo como mercancía. De este modo, el sistema de relaciones sociales tropieza con una gran dificultad: implica que el hombre en su relacionarse no se trate como tal.

Al tener el sistema de relaciones sociales esta característica, las estructuras sociales resultantes conllevan el conflicto y lo expresan de modos diversos. Las estructuras sociales son intrínsecamente contradictorias. El malestar es uno de los modos en que se expresa.

Durante los procesos de cambio, los mecanismos por los cuales los hombres se relacionan entre sí y con las instituciones entran en crisis, en un período de latencia. Las personas quedan a la expectativa: la autoridad puede actuar y restablecer dichos mecanismos o las personas cambiarlos. La crisis aparece como una posibilidad de cambio tan pronto la regularidad propia de las instituciones se desequilibra y ciertas relaciones sociales dejan de estar reguladas

institucionalmente. Es allí, donde las relaciones sociales como producto de la crisis dejan de estar institucionalizadas, donde puede aparecer la acción directa.

Podemos encontrar dos identidades que encuentran, en un contexto de crisis, “dos oportunidades” diferentes: aquellos que buscan restablecer el orden y la autoridad institucional, y aquellos que buscan remplazarla por otro ordenamiento (reforma institucional) o bien liquidarla definitivamente: la mediación institucional se considera prescindente. Desde esta perspectiva, no todo es acción directa. Si en el sistema social podemos encontrar relaciones sociales institucionalizadas y no institucionalizadas es necesario distinguir a las acciones directas como aquellas que se realizan obviando la mediación institucional establecida. Pero es importante también distinguir aquellas relaciones que no están institucionalizadas y que se encuentran en proceso de institucionalización.

Pero esta posibilidad que se abre prontamente puede cerrarse. Por esto, los hombres deben estar preparados para actuar con cierta rapidez o recaer en las formas anteriores. En estas circunstancias, es crucial que las personas estén dispuestas a cambiar. Pero no sólo deben querer cambiar, deben también conocer qué cambiar y en qué dirección hacerlo.

Las crisis implican que ciertas interacciones recurrentes suspenden su conformación de patrones de conducta mutuamente orientada. Las crisis desarticulan para articular bajo otras formas. Pueden dar lugar a nuevos patrones de conducta, pueden reformular las anteriores, etc.

Ahora bien, la cuestión puede complicarse un poco más. No alcanza con que la crisis devenga realidad objetiva. Es necesario que los sujetos definan como tal dicha situación social. Por otro lado, que no la definan como “crisis de oportunidad” no implica - como ingenuamente creen algunos - que la crisis no “exista” como tal objetivamente. Pero esto sí condiciona las emociones, actitudes y conductas que aparecerán. Ante las crisis, los sujetos tienen que evaluar primero dicha situación como tal y luego proponer cursos de acción posibles y transformadores.

La disconformidad y el malestar son una predisposición individual pero generada socialmente. No es posible estudiarlas sin considerar el contexto histórico-político en que tienen lugar. Su presencia nos advierte de cierto desajuste del sistema de relaciones. Si todo anduviera bien no habría lugar para el malestar y la disconformidad.

La disconformidad y el malestar ¿con qué se relacionan? Una estructura social cambiante y en transformación genera sentimientos y los deja como flotando. Tan pronto se pierden

algunas certezas se genera una fuente de disconformidad. Miedo, ansiedad, malestar y disconformidad pueden dar lugar a la acción colectiva pero no siempre la generan. Para que esto suceda, el colectivo como colectivo debe evaluar la situación social y actuar en consecuencia. Cuando se pierde seguridad, previsibilidad y certezas se genera disconformidad. Las estructuras sociales rompen la seguridad por efecto de las contradicciones inmanentes de desenvolvimiento y desarrollo capitalista.

Es la imagen de tiempos mejores lo que opera al nivel subjetivo individual para el desencadenamiento y la transformación del malestar en disconformidad abierta. Lo que comienza a generalizarse, o bien ya está fuertemente presente en todos, es que “las cosas podrían ser de otro modo”. Solo así la situación actual se torna insoportable. Solo así, con la imagen de un pasado o un futuro “mejor” al presente aguijoneando a los hombres, éste se lanza a la acción transformadora. En la explosión de la disconformidad, quienes añoran el pasado y quienes buscan construir un futuro más humano conviven. Coordinan su accionar. Pero se trata de dos identidades sociales diferentes que es necesario distinguir: quienes se apoyan en el pasado como modelo para modificar el presente y construir un futuro; y quienes desean un futuro humano y conociendo el presente como la resultante de fuerzas que han actuado en el pasado redireccionan su accionar con el objetivo de transformarlo y transformarse. Estos últimos son quienes podríamos llamar “más concientes”, i.e. con más conocimiento de las fuerzas que operan en la historia.

Pero, ¿cómo llegan los individuos a tomar estas definiciones?

La tensión, el malestar y la disconformidad

El orden social genera tensiones. A nivel individual esa tensión generada por el orden social se expresa de modos diversos, como por ejemplo: afecciones psíquicas, enfermedad, deterioro físico; que hasta pueden dificultar las relaciones interpersonales.

La tensión aparece como la resultante del choque de relaciones sociales. Parece ser una manifestación precaria de las contradicciones del orden social, y es una conducta que podría estar caracterizada por la preeminencia de acciones interiorizadas (la resolución de la misma compromete distintas partes del propio cuerpo).

El malestar surge/aparece cuando el individuo no encuentra un modo de liberar esa tensión. En otras palabras, cuando un conjunto de relaciones sociales tienden a obstaculizar el libre

desenvolvimiento de otras relaciones sociales.¹ Así, el malestar individual puede realimentar la tensión que socialmente se genera en el individuo.

Las personas necesitan medios de defensa pues sufren diferentes grados de indefensión. Necesitan defenderse, protegerse, preservarse. No tienen capacidad individual para afrontar situaciones ya que sufren un régimen de dominación política que los oprime y les asigna roles sociales opresivos: los actores sociales son esclavos políticos de un sistema que no crearon pero sustentan. La primera forma de expresarse el malestar es la impotencia frente a procesos que trascienden al individuo y lo oprimen. De este modo, las posibilidades para expresar el malestar se amplían, generándose movimientos colectivos que pueden llegar a ser de protesta.

Superados los estadios precarios e inconcientes propios de la tensión y cuando las contradicciones sociales han llegado a estar, al menos en cierto grado, concientes en los individuos, el camino abre posibilidad a la desobediencia.

Ahora bien, ¿Cuándo podemos afirmar que nos encontramos frente a una situación de disconformidad? ¿Cómo identificar la disconformidad en acción?

La tensión provoca el malestar y este puede dar lugar a la expresión de la disconformidad. La acumulación de tensión individual genera grados de malestar que pueden empujar al sujeto a la acción o bien neutralizarlo. La acumulación de malestar puede dar lugar a estallidos de disconformidad. Cuando el colectivo encuentra que la situación que vive no es de su agrado, cuando encuentra indeseable lo que está atravesando y entiende que las cosas podrían ser de otra manera (aun desconociendo esa otra forma) comienza a desarrollarse la disconformidad.

Podríamos decir así que la disconformidad surge como la contraposición de dos situaciones: una real y operante pero indeseada o juzgada como transitoria, factible de ser remplazada; la otra, desconocida en sus detalles pero deseada en su generalidad, y por las consecuencias que podría llegar a tener para el individuo y el colectivo las nuevas relaciones sociales. Se trata de un consenso *a priori* a la autoridad.

¹ En este sentido, podemos citar lo que relata Yrigoyen (200X) en relación al malestar que se produce en los lugares de trabajo fruto del maltrato y la imposibilidad de conseguir otro empleo. También podemos mencionar los suicidios recientes producidos en las fabricas de Peugeot-Citroen producto de las dificultades en el trabajo ("Suicidios em serie", *Carta Capital*, 25 de Julio 2007, ano XIII, numero 454. Sao Paulo: Confianza.

La acción directa en los procesos de transformación social

Todo momento de transformación social implica una oportunidad. En dichos momentos, formas de acción históricamente aprendidas se ponen en marcha. La posibilidad de su generalización hacia otras identidades sociales depende de muchos factores. Algunas de esas formas de acción comienzan a instrumentalizarse como formas de lucha. Toda forma de lucha debe entenderse en el contexto histórico concreto y a partir de las identidades sociales específicas que implementan esas formas culturalmente aprendidas (Marín 1986). La acción directa es una de las tantas formas en que podemos caracterizar a las pautas de conducta. Es propia de los momentos de transición en la medida que, como ya afirmamos, las instituciones tienden a perder influencia sobre sus miembros. Ante la ausencia de la autoridad se desobedece pues no es posible la obediencia sin supervisión: todos frente a la ausencia de la autoridad sienten grados relativos de libertad.

Para observar la disconformidad debemos primero saber qué es la conformidad. La complicidad tácita de las mayorías nos advierte de la existencia de importantes niveles de conformidad. Esto si no consideramos al silencio como una forma de resistencia. La no-acción por ello, tiene un doble carácter: puede ser apatía frente a las injusticias y en ese caso se transforma en un modo de violencia hacia quienes sufren esas injusticias (formas como el “no te metas”). Pero también es posible entender el silencio como forma de resistencia cortés (desarme) frente a la inhumanidad del orden social. Quien resiste con el silencio en parte está desarmado pero sufre en su interior (individual y colectivamente) la acumulación de tensiones y el deseo de acción (Canetti).

El análisis de Canetti respecto de la orden constituye una importante fuente de sugerencias para la investigación acerca de la disconformidad. En él, Canetti observa que el contexto de significación de la orden está dado por la presencia y el uso más o menos velado de la amenaza de muerte. Este constituye un elemento siempre presente en la relación entre una autoridad y un subordinado, es su sustrato. Posiblemente en cada relación de autoridad específica varíe tanto el modo de amenazar como el tipo de muerte (entiéndase por muerte algo más amplio que la desaparición física, entiéndase la muerte de cualquier relación social). No obstante, la amenaza de muerte da vida a la autoridad.

Pero la orden bajo amenaza de muerte es un tipo de relación que el hombre no puede asimilar (ni siquiera a un nivel biológico). Hasta tal punto sería así que el malestar que crea la amenaza de muerte se canaliza produciendo nuevos malestares. En el orden capitalista la amenaza de

desempleo es la amenaza de muerte más domesticada y perfeccionada que ha desarrollado el capitalismo.

Disciplinar quiere decir que una persona comienza a participar como objeto de la batalla de otro. Disciplinar es construir el soldado, el hombre subordinado a la estrategia de otro. Los capitalistas individuales deben día a día disciplinar su fuerza de trabajo en el combate por la acumulación. Gran parte de la tarea de disciplinar es lograr que cualquier posible conflicto que no sea comandado por el capitalista desaparezca durante la batalla diaria que el personalmente libra. Cualquier energía puesta en un conflicto quita al soldado parte de su capacidad, perjudicando la estrategia y poniendo en riesgo la batalla.

Lo que debemos registrar es que el orden social capitalista se nutre del malestar, lo produce con su uso de la amenaza de muerte y luego lo conduce. Es su energía. Hay dos momentos, uno presente y uno futuro. Una acción y una disposición. La orden cuando es cumplida por el subordinado representa el momento presente de una acción: la de cumplir la orden. Sin embargo, al mismo tiempo crea la disposición futura. De manera muy precaria podría decirse que la no asimilación de la orden en el hombre reproduce su utilización en el tiempo, retroalimenta el sistema de la autoridad.

El orden y el desorden no remiten entonces a dimensiones distintas: hay contradicciones - inmanentes de este orden- que no son necesariamente antagónicas y que, por lo tanto, permiten su continuidad en el tiempo. Orden y desorden constituyen un tipo de contraposición conceptual que no responde a la realidad. Todo orden es en verdad un tipo de desorden. Todo orden es un tipo especial de contradicción inmanente. El descontento acumulado nos señala inadecuaciones subyacentes, inmanentes en la estructura del sistema social. Aceptamos la idea (o premisa) de que los conflictos son sistemáticamente creados por las estructuras sociales. Las estructuras necesariamente crean conflictos. Contradicciones de roles/posiciones/pertenencias a grupos/identidades subjetivas vs. objetivas/aspiraciones vs. condiciones o contexto/creciente riqueza-pobreza.

Seis hipótesis sobre la disconformidad social en la Argentina actual

Distintas fuerzas sociales confrontan en el sentido de imponer determinadas pautas de conducta, obediencia y docilidad con el objetivo de consolidar un sistema de normas y valores que les permitan desenvolverse, tanto en el plano de las ideas como en el de la acción, de manera hegemónica.

El conformismo actual encuentra una gran base de sustentabilidad justamente en la cuestión de tornar ininteligible para las mayorías el proceso de constitución de lo social, del sistema de relaciones sociales.

Esto puede verse tan pronto uno se encuentra y toma conocimiento de los modos imperceptibles en que día a día participa de la inhumanidad reproduciéndola y se aterra ante el hecho de considerarse parte activa de dichos procesos: todos reniegan de algún u otro modo de dicha participación y nuevamente podría afirmarse que todos “lo hacemos sin saberlo”. En este sentido, en la medida que el orden social actual es inhumano y sus modos constitutivos implican infinitas pequeñas inhumanidades, el desarme intelectual y moral pasa a ocupar un lugar central en su constitución.

Estos procesos constituyen también un “desarme intelectual y moral” pues son justamente constitutivos de cierto *conformismo* con lo que de inhumano tiene el ordenamiento social. En el plano subjetivo, constituyen un desarme en la medida que hacen inobservable los complejos procesos por los cuales día a día, cada uno de nosotros participa activamente de la reproducción de lo social.

El mismo orden social en tanto se trata de un sistema abierto en continuo proceso de producción-reproducción, constituye espacios de disconformidad y *para* la disconformidad. Así, el sistema social no solo constituye disconformidad en sus integrantes sino que también les otorga espacios para la expresión legítima de dicha disconformidad. A través de muchas de sus instituciones, pareciera que la sociedad intenta “hacerse cargo” de la disconformidad que produce.

Este ejemplo nos permite señalar que es posible encontrar grados de disconformidad con el sistema social a distintos niveles. Asumimos como premisa que existen variadas formas en que podría expresarse dicha disconformidad. Si nos instalamos en el plano de la acción, encontraremos que la disconformidad asume formas disímiles y heterogéneas; que cada sujeto social “instrumenta” a partir de formas culturales modos diversos con los cuales busca expresar su descontento, su malestar, sus angustias. Esta cuestión nos pone en la disyuntiva de diferenciar analíticamente en cada situación, el carácter social de los sujetos protagonistas que viabilizan ciertas formas culturales para expresar disconformidad.

El llamado “proceso de la civilización” ha operado en este sentido instalando operadores en los individuos que inhiben formas de acción directa ante situaciones de hecho insoportables. La civilización se caracteriza en parte por las infinitas mediaciones institucionales, normas,

pautas, valores y reglas que históricamente se han instalado en cada uno de nosotros. No desconocemos con esto que se trata, en efecto, de un proceso que nos humaniza en parte, pero es necesario remarcar con Elías que

“en ciertas situaciones, un grado mayor de racionalidad y de contención de los impulsos puede resultar una debilidad, y con ello, un perjuicio a quién lo posee” [y al conjunto de la especie].

Es en este sentido que “la civilización” puede considerarse “un arma de doble filo” pues si bien por un lado nos humaniza y torna previsible un conjunto de acciones, por otro lado constituye en nosotros una gran indefensión y un desarme tan pronto el conjunto de las relaciones sociales se torna denso y complejo, comenzando a aparecer como inobservable los resultados no deseados de nuestras acciones.

El hombre moderno se encuentra frente a lo social como el hombre de la edad media se encontraba frente a la naturaleza: como frente a algo inexplicado e inexplicable. Procesos sociales de envergadura se tornan inobservables, no solo para el hombre corriente, sino también para aquellos que pretenden investigar y conocer lo social. El hombre moderno se encuentra formando parte de procesos que protagoniza pero no domina: se transforma en agente (Milgram).

Discusión y preguntas

La disconformidad, el descontento, el malestar, la rebeldía emergen en la actualidad de modos inimaginables: es preciso desentrañarlos. La realidad nos ofrece constantemente ejemplificaciones de formas de acción rupturistas con connotaciones diversas. En la Argentina actual podemos presenciar todos los días la acumulación de disconformidad y su emergencia. Sostenemos la intuición de que determinados niveles de acumulación de la disconformidad social podrían estar dando lugar a la irrupción de formas de acción directa: ¿se trata de los modos en que se expresa el grado de desarrollo de las contradicciones inmanentes de la sociedad argentina?, ¿qué procesos sociales dieron lugar al actual nivel de disconformidad social?, ¿bajo qué formas predominantes los distintos sectores sociales buscan expresar su disconformidad?, ¿quiénes logran expresar su descontento de un modo colectivo a través de sus luchas?, ¿qué mecanismos operan en el tránsito de la conformidad hacia la disconformidad?, ¿qué espacios institucionales ofrece la sociedad para la expresión legítima de la disconformidad social?, ¿en qué medida los procesos de autonomización de los

trabajadores [empresas recuperadas, Metrovías] expresan cierta “disconformidad social”?, ¿qué personificaciones sociales instrumentan “acciones directas”? ¿Vamos hacia una intensificación de la polarización social y el recrudecimiento de las luchas?

Estos son algunos de los interrogantes con los cuales pretendemos continuar nuestras investigaciones exploratorias acerca de la disconformidad social en Argentina.

Bibliografía

- CANETTI, E. (1983) [1960] *Masa y poder*. Madrid: Alianza.
- ELIAS, N. (1989) [1936] *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ENGELS, F. [1876] *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Marxists Internet Archive.
- HOLLANDER, E.P. (2000) [1967] *Principios y métodos de psicología social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LORENZ, K. (2003) *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo Veintiuno.
- MARIN, J. C. (1986) *Conversaciones sobre el poder*. Buenos Aires: Ed. del Ciclo Básico Común – Universidad de Buenos Aires.
- MARIN, J. C. (2003) *Los hechos armados*. Buenos Aires: PICaSO – La Rosa Blindada.
- MILGRAM, S. (1980) *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- REBÓN, J. y G. ANTÓN (2007) “Formas de lucha y construcción de ciudadanía: la acción directa en la Argentina reciente”, en: OCAMPO BANDA, L. y A. CHÁVEZ RAMÍREZ (2007) *Voces y letras insumisas: Reflexión sobre los movimientos populares en Latinoamérica*. Buenos Aires: Aleph/Insumisos. En prensa.